

Germán Pinzón: el retorno de un gran reportero

JUAN JOSÉ HOYOS

*Con la publicación del libro **Reportero hasta morir**, del veterano periodista Germán Pinzón —a quien Germán Castro Caycedo reconoce como su maestro— se recuperan crónicas y reportajes invaluable en nuestra tradición. En el prólogo del libro, publicado por la Editorial Planeta, Juan José Hoyos reconstruye la trayectoria del reportero “honrado, sensible y paciente que va hasta el lugar donde ha ocurrido la historia para narrarla como él la ha visto”.*

Para la prensa colombiana, la de los años cincuenta fue la década tal vez más difícil de este siglo: una generación de periodistas vio incendiar y cerrar periódicos; sufrió en carne propia la censura de prensa, las persecuciones y el exilio; presenció el auge y la caída de un gobierno militar y fue testigo de las matanzas políticas que acabaron con la vida de miles de colombianos. Sin embargo, hoy puede decirse que ésta fue también una década de oro en el periodismo: los diarios renovaron su estilo y aumentaron su circulación; aparecieron nuevos periódicos y revistas que reemplazaban a los que cerraba el régimen y, al mismo tiempo, en las salas de redacción surgían voces nuevas y afilaban sus plumas nuevos y brillantes reporteros, columnistas y escritores...

La de los cincuenta fue pues la década del incendio y el cierre de periódicos como El Espectador y El Tiempo, de las atrocidades de la policía conservadora, del asesinato y el encarcelamiento de muchos líderes de la oposición, de las matanzas y el fusilamiento de miles de campesinos liberales y de la conformación de las primeras guerrillas antigobiernistas, pero también fue la década de las crónicas, las columnas y los reportajes de Gabriel García Márquez, Felipe González Toledo, Eduardo

Zalamea Borda, Alvaro Pachón de la Torre, Guillermo Cano, Hernando Téllez, Antonio Pardo García, Iáder Giraldo, Plinio Apuleyo Mendoza, Paulo E. Forero, Marco Tulio Rodríguez...

Desde 1953, cuando se vinculó a El Espectador, Germán Pinzón se convirtió en uno de los reporteros más destacados de esa generación. Entonces tenía 19 años de edad y quería ser marinero, “como todos los Pinzón”, pero ya había escrito una novela y soñaba con vivir del oficio de escribir. También sabía que en este país la vida es más corta, que hay que luchar mucho para conseguir cualquier sueño y que la gente tiene muy pocas oportunidades. Por eso se entregó por entero a su nuevo oficio.

Pinzón había nacido en Cajicá en 1934. Era el penúltimo hijo de una familia de nueve hermanos, seis de los cuales se dedicaron al periodismo, a la radio, al cine y a la televisión. Su padre era un médico que escribía poemas: un “poeta parnasiano” de los que creían que hay que sacrificar un mundo por pulir un verso. El viejo tenía en casa una biblioteca grande y abierta en la que todos los hijos leían los libros que querían, sin ninguna censura. Desde niño, Germán Pinzón se metió en ese mar y se perdió en él, sin ninguna dirección. Aunque prefería las historias de

mar —al que llama “nuestro cielo de abajo”— leyó muchas novelas del siglo XIX. El primer libro que lo hizo llorar fue *Los miserables*, de Víctor Hugo. También leyó desde muy niño libros de aventuras: Emilio Salgari, *Los viajes del capitán Cook* y *El motín del Bounty*.

Pero al mismo tiempo, sus ojos afiebrados de adolescente buscaban las tiras cómicas de los diarios, la crónica roja y las obras de escritores tan disímiles como James Joyce, Curzio Malaparte, Franz Kafka y don Ramón del Valle Inclán. Años más tarde se sumergió en las novelas de Vasco Pratolini, Alberto Moravia, Graham Greene y Fedor Dostoyevski.

De tantos escritores que pasaron por sus manos y por sus ojos ávidos recuerda sobre todo a Curzio Malaparte y sus novelas *Kaputt* y *La piel*. Para él, Malaparte es un Dante moderno, el gran cronista de la Segunda Guerra mundial. Hoy piensa que de Malaparte aprendió muchas cosas sobre el arte de escribir.

Durante esos años de lecturas caóticas y felices en los que su mente se iba llenando de fantasmas descubrió además a poetas como Góngora, García Lorca, Neruda, Vallejo, Quevedo. Al tiempo que leía, su padre oía siempre la música que transmitía la Radio Nacional. Pinzón heredó de él la misma costumbre y por eso escuchó desde muy joven, en medio del desorden de las lecturas, a Wolfgang Amadeus Mozart, Guillaume de Machau, Alfred Schintka, Beethoven, Schönberg... De algunos de ellos aprendió que el corazón de la música son los silencios.

Armado con ese bagaje espiritual, Pinzón se lanzó a la aventura de escribir. Y durante más de seis años, como reportero y enviado especial de El

Espectador, recorrió las calles de Bogotá, que entonces empezaba a convertirse en una gran ciudad; viajó a las montañas de Cundinamarca y Tolima y a las selvas del Caquetá. También navegó por el Pacífico. Y entrevistó políticos, corredores de autos, guerrilleros, asesinos, presos, astrónomos, reinas de belleza, marineros. En los ratos libres, para distraerse, le ayudaba a pensar los chistes a su hermano Roberto Pinzón, quien dibujaba algunos de los “monos” de El Espectador. Ahora piensa que de ahí le quedó el humor macabro, la sonrisa de hiena, y que desde entonces anda por la vida con un bastón dentro del cual lleva escondido un estoque.

Los temas y el estilo de los reportajes de Pinzón eran singulares. Mientras casi todos sus compañeros de generación se dedicaban al cubrimiento de las fuentes de rutina en la capital, él viajaba hasta poblaciones remotas del Tolima, los Llanos Orientales o la Amazonia para escribir sobre hombres perdidos en la selva, sobrevivientes de accidentes de aviación o prisioneros de colonias penales. Su método era el mismo de los grandes reporteros de comienzos del siglo: sin más herramientas que una libreta de apuntes y un lápiz, recogía de labios de los protagonistas, sobre el terreno de los acontecimientos, los testimonios humanos más desgarradores, sin dejar perder un solo detalle dramático. Con todo el material acumulado, escribía luego sus reportajes. Para ello empleaba a fondo sus dotes de narrador y su dominio admirable del idioma aprendido en la lectura de los clásicos de la literatura.

Uno de los reportajes más sobresalientes de Pinzón fue el que escribió en 1961 en las selvas del Caquetá, cuando se perdió

una partida de veintidós expedicionarios que buscaban una antigua trocha usada por los caucheros cincuenta años antes, y que unía a Gigante (Huila) con Pueblo Rico (Caquetá). Los expedicionarios salieron de Gigante el 21 de marzo y no se volvió a saber de ellos. Una comisión de soldados que fue despachada en su búsqueda, días más tarde, también se perdió.

La noticia despertó interés internacional porque junto con el grupo de expedicionarios viajaba una pareja de jóvenes aventureros norteamericanos: Mark y Sussy Cantrell. Los Cantrell no pudieron seguir a los baquianos que lograron salir con vida a Pueblo Rico, un mes más tarde, ya que Mark, con un machete, se había herido en un pie, y las piernas de Sussy sangraban, a punto de gangrenarse, debido a una extraña enfermedad que la atacó en medio de la selva.

Fiel al método que había desarrollado en reportajes anteriores, Pinzón viajó a la zona y se unió a una nueva comisión de once hombres que partió de Gigante a buscar a los expedicionarios. Como Henry Morton Stanley cuando iba por el río Nilo en busca de Livingston, Pinzón escribió varios relatos donde contaba lo que iba encontrando a medida que se internaban en la selva.

Después de cuarenta y dos días de estar perdidos — quince de ellos, enfermos y en la más tremenda soledad—, los Cantrell fueron hallados con vida por los baquianos que viajaban con Pinzón. El 4 de mayo, un helicóptero logró aterrizar en un claro abierto por los hombres de la expedición, junto al río Guayas, y los sacó a todos de la selva. El 5 de mayo, todavía estaban perdidos en la misma región cincuenta y un hombres



Festival Iberoamericano de Teatro de Bogotá, 1999. El Tiempo.

pertenecientes a varias patrullas del ejército y a algunas comisiones de cargueros y baquianos que habían colaborado en la búsqueda de los expedicionarios extraviados.

Sin embargo, la historia principal había terminado. Pinzón la escribió contando paso a paso la aventura: el hombre que murió arrastrado por las aguas al resbalar, cuando saltaba de una roca a otra; el viejo baquiano de setenta y cinco años que murió en silencio, cuando estaban a punto de llegar a Pueblo Rico, después de andar perdidos en la selva durante más de un mes; el hombre que fue mordido por una serpiente mapaná cuando la segunda comisión iba en busca de los Cantrell.

Pinzón también escribió testimonios estremecedores de sobrevivientes de varios accidentes de aviación ocurridos en los Llanos Orientales y en las selvas amazónicas.

Al titular sus reportajes, lo mismo que al desarrollar la madeja de la historia, el joven reportero exploraba puntos de vista, igual que el autor de una novela. A veces, como narrador, prefería acallar su voz para dejar que fluyera la voz del personaje:

“El miércoles por la tarde, los muertos no nos dejaron arrimar al avión. Oían con ese olor terrible con el que me soñé anoche... El jueves, con la nariz tapada, sacamos unos chinchorros que venían en el avión. Habíamos recogido la víspera por la tarde dos paquetes que nos arrojaron de los aviones, y uno de los cuales se rompió, desparramando sardinas por todo el claro. Encontramos un plato de aluminio en el avión. En él echábamos toda la comida, y metíamos la mano al tiempo.”

“Cortamos hojas de palma, clavamos cuatro palos en el suelo, a dos cuerdas del avión, y

fácilmente nos fabricamos una casa (...) Los niños dormían en el centro, en medio de todos (...) Por las noches se oían los quejidos de todos los hombres fracturados y cortados, sobre todo del copiloto García, que tenía que pasar la noche sentado porque no resistía el dolor de la mano rota. Era él, sin embargo, el que nos consolaba.”

“No pierdan la fe, que de aquí nos sacarán. Dentro de quince o veinte días, pero de aquí nos sacarán.”

“Al pie de la hoguera, en rueda, íbamos rezando credos y padrenuestros. García llevaba la voz y todos contestábamos en coro... El jueves amaneció un chulo, un zamuro, encima del avión. Al copiloto García le dio una rabia terrible y lo espantó a tiros, pero no lo pudo matar. No volvimos a dejar arrimar los zamuros a nuestros muertos...”

Pinzón, como pocos reporteros de su época, tenía un gran sentido de la narración dramática. Tal vez por eso incorporaba las escenas y los diálogos, con todos los detalles, en sus relatos. Pero las descripciones llenas de vida y color no estaban presentes en sus reportajes sólo cuando escribía de tragedias. También aparecían cuando cubría noticias que en manos de otros reporteros habrían aparecido como aburridas declaraciones de un personaje de la política.

Pinzón también mantuvo durante algunos meses una sección que aparecía en El Espectador con el título de “La noticia humana”. En ella exploraba informaciones que no tenían más relevancia que la de ser la tragedia personal y anónima de cualquier hombre de la ciudad:

“José Bernardo Muñoz llegó el martes, sin contarle a nadie (¿a quién le podía importar?), a la

baranda de un puente sobre el río Bogotá, se quitó su abrigo, su vida oscura, se desvistió de sí mismo, dejó por fórmula una carta, pedía humildemente excusas por no haber podido dormir en tres años, y se arrojó al agua...”

Leyendos sus crónicas y sus reportajes, el lector viajaba, de la mano de Germán Pinzón, a los pueblos del Tolima convertidos por la violencia en campos de miedo; asistía a la fuga de la cárcel y la muerte a balazos de Víctor Hugo Barragán; “volaba” a 230 kilómetros por hora en una carrera de autos; presenciaba la confesión bañada en llanto de un asesino; comía ajíaco con los guerrilleros liberales que comandaba Juan de la Cruz Varela en el páramo de Sumapaz; asistía al fusilamiento de campesinos liberales en el Tolima.

También veía otras caras de la ciudad; escuchaba a Goyeneche, el eterno candidato presidencial de los estudiantes universitarios y los “abstencionistas”; asistía a la pelea por un edificio entre los ciegos y los sordomudos en el centro de Bogotá; acompañaba al reportero día a día, y a veces minuto a minuto, en una travesía por mar desde Buenaventura hasta Nueva York; oía narrar de labios de Luz Marina Zuluaga las glorias y las miserias de los reinados de belleza; veía como en una película el asalto sangriento de las cuadrillas de Efraín González a Puente Nacional.

El cierre de El Espectador ordenado por la dictadura del General Gustavo Rojas Pinilla en 1956, llevó a Germán Pinzón a colaborar como reportero en la revista Sucesos y en El Independiente. En 1961, se retiró del periódico y viajó a Lima, donde trabajó como redactor de la revista Flash con el escritor Manuel Scorza y como

corresponsal de la revista brasileña O' Cruzeiro. A su regreso a Colombia, se vinculó a las revistas Semana y el semanario La Calle, donde siguió escribiendo reportajes y crónicas.

Finalmente, se retiró del periodismo escrito y trabajó por un tiempo en varias agencias de publicidad.

“Flaco, tímido, sencillo, morenito”: así lo describió Gonzalo Arango en la revista Cromos cuando lo entrevistó en 1966, luego de que Pinzón ganara el primer premio del Concurso Nadaísta de Novela con su primer libro, *Terremoto*. Arango también dijo de él en esa entrevista: “Años atrás fui un devoto apasionado de sus crónicas y reportajes en El Espectador... Era entonces un periodista cálido, imaginativo, vibrante, un novelador de lo cotidiano. Cuando ocurría un hecho excepcional, accidentes, genocidios, crímenes misteriosos, milagros de la Virgen, insurrecciones, terremotos, desgracias colectivas, las crónicas de Pinzón tenían la calidad de lo fantástico”.

Después de su nombramiento como director de la Radio Nacional de Colombia, durante el gobierno del presidente Carlos Lleras Restrepo, Pinzón se dedicó durante varios años al cine, a la radio y a la televisión.

Fue editor de programas como Telemundo, Kilómetro Cero y Magazine 70 y libretista de la serie de televisión “Aventura colombiana”. También trabajó en “Colombia Viva” y en el programa de radio

“Contrapunto”, de la cadena Caracol. Sus dos últimos cargos en la prensa escrita fueron el de jefe de información de la revista Cromos y el de editor general de El Periódico, en 1973.

A partir de ese año se dedicó a escribir una nueva novela y a trabajar como autor de libretos de cine y televisión. Sus obras más conocidas en estos dos campos fueron “Dos rostros y una vida”, un dramatizado dirigido por Jorge Alí Triana, cuya emisión fue suspendida por el Instituto Nacional de Radio y Televisión en 1987, y la película “Pisingaña”, con la cual ganó cuatro premios en el III Festival Internacional de Cine de Bogotá.

Germán Pinzón puso fin a más de veinte años de silencio con la publicación de su segundo libro, la novela *Esta vida y la otra* (Planeta, 1998). Germán Castro Caycedo saludó su aparición con estas palabras: “Siempre lo he considerado mi maestro. Siempre, es cuando siendo estudiante de secundaria abría las páginas de El Espectador solamente para buscar su nombre, y si allí decía Germán

Pinzón, leía varias veces el artículo porque sentía que en cada línea, en cada descripción, aguda y solvente, aprendía algo... Con esta novela, Colombia ha recuperado a uno de sus más importantes escritores”.

Hoy Germán Pinzón vuelve a romper su silencio con la publicación de este libro de reportajes y crónicas. En él, los lectores volverán a hallar cara a cara al mismo reportero honrado, sensible y paciente que va hasta el lugar donde ha ocurrido la historia para narrarla como él la ha visto. El reportero que oye a la gente tratando de escuchar su voz más verdadera. El que rastrea la realidad con todos los sentidos, escudriñando cada detalle. El que va con la piel erizada en busca del contacto del aire húmedo del mar o de la selva, o del frío cortante del páramo. El reportero que mira el mundo y escribe sobre él siendo fiel a sus propios sentimientos.

Si en 1998, cuando Germán Pinzón publicó su novela *Esta vida y la otra*, Germán Castro Caycedo dijo que con ese libro “Colombia ha recuperado a uno de sus más importantes escritores”, hoy, con la publicación de estos reportajes y estas crónicas, se puede decir que el periodismo colombiano ha recobrado del olvido a uno de sus más importantes narradores.